

**Luigi Amara: *La escuela del aburrimiento*, México-Barcelona: Sexto Piso, 2012, 287 pp.**

*La escuela del aburrimiento* es un libro sólido y elegante. Se trata de un ensayo-ensayo, como los que Amara defiende a capa y espada, rico en recursos retóricos y literarios. Si tuviéramos que adjetivarlo, diría que en sus momentos de mayor hondura es un ensayo filosófico. Amara no oculta la cruz de su parroquia: *piensa* como un filósofo. Sin embargo, el libro está lejos de ser un denso tratado sobre el aburrimiento, ya que se mueve con libertad y agilidad por distintos campos. Y en esta virtud quizá encuentra su vicio. El aburrimiento del que escribe Amara es más que el mero bostezo, es una complejísima condición existencial que tiene que ver con la acedia descrita por Santo Tomás, la nada de Pascal, la banalidad de La Rochefoucauld, la melancolía de Burton, la angustia de Kierkegaard o el *spleen* de Baudelaire. Y por ello, si se le hiciera una crítica filosófica al ensayo, sería la de englobar con la palabra “aburrimiento” un conjunto de estados, emociones y actitudes que si bien tienen semejanza de familia poseen otros rasgos que requieren tratamientos diferentes. Pero como el libro no pretende ser un tratado, podemos pasar de largo esta crítica. Como en todo ensayo-ensayo, el libro ofrece un testimonio personal. Amara cuenta cómo al aproximarse a los cuarenta años se hizo una serie de preguntas sobre la vida, sobre su vida. Las preguntas no son nuevas, son las mismas que se plantearon grandes pensadores del pasado, pero lo que hace Amara es revisarlas y repensarlas de manera original. Dicho esto, habría que aclarar que *La escuela del aburrimiento* no es una autobiografía espiritual. Amara no abusa del tono confesional. Su escritura siempre tiene un tono irónico, desprendido, desenfadado, incluso cuando describe sus padecimientos, sus obsesiones, sus miedos.

El primer capítulo es una introducción filosófica y literaria al aburrimiento que toma como eje la obra de cuatro escritores galos: Pascal, La Rochefoucauld, Montaigne y Baudelaire. Fue Pascal quien planteó el tema del aburrimiento en contrapunto con lo que él llamó *divertissements*. El autor de los *Pensées* observa que la mayoría de las personas no prestan atención a las grandes preguntas sobre la vida y la muerte y sólo se ocupan de pasatiempos y diversiones. La palabra “pasatiempo” acarrea en su morfología toda una metafísica. En la vida hacemos muchas cosas para dejar que pase el tiempo antes de morir como lo hacen las bestias. No son actividades que nos exige la supervivencia, sino aquello a lo que nos dedicamos cuando estamos sin

quehaceres urgentes. Por otra parte, la palabra “diversión” tiene una etimología reveladora, ya que procede del verbo *divertere* que significa “apartarse”. Cuando uno se divierte, se distrae, es decir, deja de poner atención, y ello significa salirse, aunque sea de manera imaginaria. Si no podemos escapar de esta vida terrorífica a las que nos han traído sin consultarnos, podemos *distraernos* con todo tipo de diversiones. Pascal considera que las diversiones humanas son recursos para no enfrentar la cruda verdad de la vida y que sólo la fe en Dios nos permite aliviar la desgracia, el terror, de vivir en esta isla desierta. Podemos concebir, por lo menos, dos respuestas a Pascal. La primera es negar la premisa de que la vida es espantosa, es decir, que si bien tiene sus ratos malos también los tiene buenos, ratos de felicidad o tranquilidad en los que no cabe el aburrimiento o la angustia. La segunda es aceptar que enfrentarnos a la vida produce todos estos estados y emociones, pero que la solución religiosa de Pascal ya no puede adoptarse en el mundo secularizado. Pero entonces surge la vieja pregunta de cómo sobrellevar la angustia existencial. Amara pertenece al grupo de pensadores que han seguido el segundo camino y, para ello, se plantean una escuela del aburrimiento, es decir, una manera de aprender a vivir sin fe pero sin entregarse a la ilusión efímera de las diversiones.

Pascal decía que toda la desgracia del hombre viene de no saber permanecer en reposo en un cuarto. La imagen de la torre de Montaigne, del espacio privilegiado en el que el escritor puede alejarse del mundanal ruido, captura la atención de Amara. El segundo capítulo del libro es la crónica insólita de un viaje de exploración existencial: el autor decide recluírse en un habitación sin diversiones, sin conexiones eléctricas, y únicamente busca la compañía de unos pocos libros juntos, diez grandes obras; para mayores señas: *Contra natura* de Hyusmans, *Robinson Crusoe* de Defoe, *El libro de la almohada* de Shonagon, *Ocurriencias de un ocioso* de Kenko, *Tratados morales* de Séneca, *El libro del desasosiego* de Pessoa, *Memorias del subsuelo* de Dostoievski, *Oblomov* de Goncharov, *Viaje alrededor de mi cuarto* de Maistre y *Un hombre que duerme* de Perec. ¿Se le puede criticar por haber llevado este paquete de libros a su encierro? Bueno, sin nada que leer, Amara hubiera estado en una celda de aislamiento y eso no se le desea a nadie, ni a los prisioneros de Guantánamo. Vaya, hasta Robinson Crusoe tenía un baúl de libros. Pero como se puede observar por los títulos, más que obras de entretenimiento, Amara se llevó material de investigación, como quien

va a una isla desierta y lleva consigo libros sobre la botánica y la flora de la región visitada.

Es revelador que Amara no haya llevado a su encierro ningún libro de filosofía pura y dura. No me hubiera extrañado, sin embargo, que en su maleta hubiera incluido algún libro de fenomenología. Según Husserl, la fenomenología se basa en el fenómeno de la intencionalidad de lo mental, es decir, de la relación que hay entre el sujeto y un objeto de pensamiento que es constitutiva del pensamiento. No podría haber, desde esta perspectiva, una fenomenología del vacío, de la nada. Y sin embargo la aventura que emprendió Amara encerrado en las cuatro paredes de su habitación, pudo haber sido una exploración de la fenomenología del aburrimiento, es decir, de la inactividad, del paso del tiempo, del enfrentamiento claustrofóbico con el propio yo.

Sin embargo podría decirse que esa descripción fenomenológica y existencial del aburrimiento ya la hizo, y de manera brillante, Heidegger en *Los conceptos fundamentales de la metafísica*. ¿Por qué ignoró Amara de manera tan flagrante al filósofo de la Selva Negra? ¿Acaso su formación analítica todavía sigue pesando en sus simpatías intelectuales?

Amara sale de su reclusión en mal estado. El autor se conoce mejor a sí mismo, pero lo que ha descubierto no es agradable. Lo cito: “¿Qué había aprendido de mi viaje alrededor de mi cuarto? Que más que intereses he tenido coartadas. Que mi impaciencia no es tanto una inadaptación a la lentitud del presente, sino un refrenamiento de mi deseo de huida. Que incluso la paz la he buscado atropelladamente. Que no llego al fondo de nada, ni conozco a profundidad ningún aspecto del mundo, pues el hastío es la justificación más cómoda de los diletantes.” (p. 171). Esta es la parte quizá más desgarradora de toda la narración. Pero Amara no se queda en la autocompasión y decide moverse, ocuparse, viajar.

El tercer capítulo del libro trata, entre otras cosas, de un insólito viaje del autor a la capital mundial de la diversión organizada. En Las Vegas, Amara sigue siendo el conejillo de indias de sus experimentos existenciales, aunque en esta ocasión no lleva libros consigo porque no le faltan distracciones, el problema es otro, le sobran. A su regreso de la ciudad de los casinos, después de su largo recorrido por las estaciones del aburrimiento, Amara nos dice que ya que no podemos escapar de la realidad de luz neón que nos aplasta, habría que liberarse de los lazos que nos amarran a ella. Para los sabios orientales no existe el aburrimiento porque viven como si fueran lechugas, es decir, viven de manera natural, espontánea y tranquila. Hacer yoga, meditar, estar en el

mundo sin reservas, hay muchas técnicas para no aburrirse, angustiarse o deprimirse. Sin embargo, Amara reconoce que le resultaría difícil transformarse en un remedo de monje oriental. Entonces, el autor presta atención a un personaje que podría parecer lo más alejado a un sabio taoísta, pero que llevó una vida que puede ser descrita de manera semejante. Para Andy Warhol cualquier cosa era interesante y, por lo mismo, nada lo era: una lata de sopa es vista de manera equivalente a la Capilla Sixtina. Amara nos describe a un Warhol que fue capaz de llevar una vida interior de insustancialidad y tedio y que, sin embargo, logró romper el velo de apariencias que cubre la existencia (p. 272). Al final del libro, Amara esboza una conclusión que podría calificarse de optimista, si no fuera porque el adjetivo tiene connotaciones chocantes. Lo que dice es que si equiparamos al aburrimiento con la totalidad de la vida, entonces podríamos romper con la dicotomía subyacente entre lo divertido y lo aburrido, lo sustancial y lo insustancial, los ratos vivos y los muertos. Amara se pregunta “¿Por qué no recoger los escombros de la falta de sentido y levantar con ellos una nueva escuela del aburrimiento?” (p. 278). Si la ruta del sentido trascendente está cancelada, sólo nos queda la de la inmanencia, pero la que nos ha tocado está repleta de mentiras, ruidos y virtualidades. Para que el nuevo sentido sea posible hay que transformar de manera radical nuestra forma de vida. Así dice: “Resistirse a esa jerarquía dominante, ponerla de cabeza, desmontarla. Concebir lo insignificante no como aquello que ha perdido significado, sino como aquello que está a la espera de que se lo restituyamos. (...) A fin de cuentas, quizá no exista lo aburrido, sino una compleja red de poder que determina e insiste, a través de una muy bien aceitada maquinaria propagandística, en donde poner los ojos, qué es lo ideal y qué lo escuálido, qué lo crucial y qué lo anecdótico.” (p. 278). Para desmontar la estructura de poder que nos condena al aburrimiento habría que hacer una revolución, no sólo una artística, como la de Warhol, sino social, moral, existencial. Esta sería, por supuesto, una revolución diferente a las del siglo XX. Las revoluciones del pasado no habrían visto con buenos ojos el proyecto de una nueva escuela del aburrimiento. Un comisario maoísta hubiera dicho que aburrirse es cosa de burgueses, que el proletariado está demasiado ocupado en la construcción del nuevo mundo. Me causa gracia, y pavor, pensar que Amara seguramente hubiera sido confinado a un campo de trabajo en castigo por escribir un libro como éste.

Amara cuenta que concibió el proyecto de un libro intitulado “Nada nuevo bajo el sol”, que fuese una historia del aburrimiento, desde la era de las cavernas hasta nuestros días, un libro monumental y aburrido y que, sin embargo, fuese divertido redactar. Sin embargo, después de comenzar la investigación documental, renunció a escribir semejante mamotreto del hastío. No obstante, la investigación que hizo para el libro e incluso algunas partes del mismo están presentes, se dejan ver, en *La escuela del aburrimiento*. Pero ¿por qué si Amara no escribió aquel grueso tratado, sí decidió escribir este simpático ensayo? ¿Acaso lo hizo para divertirse en el sentido pascaliano, es decir, para escapar de su aburrimiento? ¿Seguirá Amara igual o peor de aburrido que antes? ¿Habrá alcanzado algún tipo de iluminación, por modesta que sea?

Lo peor que podría pasarle a un libro sobre el aburrimiento es que resultase aburrido. El libro de Amara, está lejos de serlo; es más, podríamos decir que a veces se percibe el cuidado que puso su autor para que fuese ameno. Amara puede quedar tranquilo, es un placer leer *La escuela del aburrimiento*, pero debajo de ese solaz queda una sensación inquietante, la misma que tenemos cuando nos miramos al espejo durante más de un instante.

*Guillermo Hurtado*  
*Instituto de Investigaciones Filosóficas,*  
*Universidad Nacional Autónoma de México*